

El Eco de Cartagena

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

SEGUNDA EPOCA

A los buenos patriotas

Angustiosa impresión de malestar sentimos todos. Heridos en la fibra del patriotismo, al ver a nuestra España tan lejos del puesto de honor que alcanzó en otro tiempo entre las naciones, y sin la fuerza e importancia que corresponden a la extensión de su territorio, número de habitantes, recursos naturales y privilegiada posición geográfica; lastimados por los males y desgracias que fueron siempre común patrimonio del género humano, y por las propias de la civilización moderna en que vivimos, oprimientos, hace tres años, los quebrantos y augez de la conflagración europea, a que no podemos sustraernos los neutrales; advertimos que de nuestras desventuras tiene culpa directa en parte al menos, la imperfección de las instituciones políticas y de los organismos gubernamentales, originándose de aquí un general, profundo y justificado deseo de salvadoras reformas y mejoras en nuestro modo de ser colectivo.

¿Cuál es la causa fundamental de esa imperfección que todos percibimos y contra la que ardorosamente reaccionamos? ¿Que nuestros Gobiernos son democráticos en la teoría y en las leyes, y no lo son en la práctica, ni pueden serlo; porque falta en la mayor parte de los españoles el sentimiento de ciudadanía, que hace positiva y eficaz la intervención de todos en la gobernación del Estado. Ausente el verdadero pueblo de estas funciones directivas, ocupan fatalmente su lugar los bandos organizados y los individuos acaudados, ganosos de predominio y poder; las libertades constitucionales, establecidas para el ejercicio regular y ordenado del gobierno popular, conviértense en factores permanentes de perturbación y desorden, y el edificio social no alcanza nunca aquella estabilidad y firmeza que es condición indispensable para la corrección de los abusos, eliminación de los elementos morbidos y dañinos en el organismo gubernativo y progreso general a que tenemos derecho, o mejor dicho, el deber de impulsar, para bien de nuestra patria.

Otra causa determinante de nuestra actual decadencia es la atomística división de los partidos, facciones y tendencias, cada vez mayor y más lamentable sin que aproveche el ejemplo de otros pueblos, pues los triunfos y los más afortunados éxitos de la guerra actual débense principalmente a la disciplina de las clases sociales y a la unión concertada de los más extraños elementos.

Por fortuna, las causas de disolución nacional tienen su contrarresto en el infujo de las grandes instituciones tradicionales, colocadas en la cima de nuestro gobierno popular. La Monarquía, representante de las glorias históricas de la nación, y que, por ley de su naturaleza, manda constantemente a restaurarlas, es el lazo que nos mantiene unidos, siquiera en el orden externo; la que produce el orden público, la que nos da decoro en lo exterior, la que conserva el prestigio del Ejército, el cual no es cosa distinta del Trono, sino su fuerza material, así como ésta embonchese moralmente y recibe su cohesión de la autoridad suprema del Monarca. Todavía recuerda el Ejército con espanto aquellos días en que, desterrada la realidad del suelo patrio, resonó en los cuarteles el «que baile fatídico, y en que fueron los pronunciamientos característicos infamante de España. A la unión íntima del Trono y del Ejército debemos este largo período de paz interior inaugurado en 1874, y durante el cual, si no hemos alcanzado el ápice de la perfección en ninguna esfera, ni conseguido un progreso efectivo en todos los órdenes, no tan rápido y completo como deseamos, pero grande sí se le considera en relación con los tiempos que le precedieron.

Y de la monarquía se ha valido la Divina Providencia para conceder a España el inmenso e imponderable beneficio de la paz, sobre el de una prosperidad del país a todas luces visible.

Indicado el mal, queda indicado el remedio. Para que el progreso sea más rápido y completo, para extinguir los abusos, para corregir las deficiencias, para destruir lo que estorba y crear lo que hace falta, no tenemos más que un medio: despertar en los españoles indiferentes y abstencionistas, por ignorancia o por desidia de la obra nacional, el sentimiento de ciudadanía, hacerlos intervenir inteligente y desinteresadamente en la gobernación del Estado, para que unidos, o, mejor dicho, apoyados en la Monarquía y en el Ejército, actúen de una vez con el caudillaje, con la política profesional, con el favoritismo en la provisión de empleos y concesión de recompensas con la inestabilidad de los Gobiernos con las reformas impremeditadas y contradictorias, con el desbarajuste político y administrativo. Unidos intimamente el Rey, el Ejército y el verdadero pueblo, o por lo menos, una masa considerable de ciudadanos decididos a la conservación del orden, y a que este orden no sea el marasmo ni la inercia, sino la actividad discreta para la consecución del bien, no hay fuerza en España capaz de oponerseles con eficacia.

Y no hay otro camino para el remedio de nuestros males. Fuera de él no se conseguiría agravarlos todos hasta llegar rápidamente a la disolución nacional. Acabaría el Trono, acabaría el Ejército, acabaría el pueblo, esto es acabaría España.

El insano de conservación colectiva lo impedirá. Creémoslo firmemente. Mas hay que precaverse contra la febril nerviosidad que producen en el cuerpo social el espectáculo y el dolor de las desdichas padecidas, y ahora tan insolitamente agravadas por la guerra europea, así como el ardiente deseo de remediarlas; deseo nobilísimo pero que la pasión exalta y saca en ocasiones de cauce.

Justificadísimo son las quejas exhaladas por el Clero, por el Ejército, por la Magistratura, por el profesorado, por los funcionarios públicos; pero para que sus ansias de reforma sean eficaces, y no se conviertan en elementos activos de perturbación que agrave sus males, es menester que las regule la idea fundamental de la posibilidad y de la oportunidad, y que se ponga un exquisito cuidado en el procedimiento para las reclamaciones. Nada, absolutamente nada que se aparte de las vías legales; nada que sea o pueda parecer coacción o rebeldía; nada que nos haga aparecer en el extranjero como nación disecada, indisciplinada y revolucionaria.

Es preciso fijarse siempre en que actúa en España un elemento verdaderamente revolucionario que aspira a comprometerlos, contra todas las conveniencias nacionales, en la guerra europea, a subvertir el orden político entregando el Poder Supremo a las facciones, a destruir el Ejército de que es doctrinalmente enemigo, a perseguir a la Iglesia, al abandono de los territorios de África que son garantía de nuestra independencia y componiendo de tantos héroes que hallaron allí muerte y gloriosa, a reproducir los ignominiosos días de la república cantonal.

Por bien de España y de las mismas clases que justificadamente se quejan, es necesario que el ansia de reformas no obscurezca, siquiera sea momentáneamente, la visión clara del conjunto de las cosas, ni se falte en los más mínimos al respecto debido al principio de autoridad suprema, mirando siempre por el prestigio de la Monarquía como si fuera propio.

Porque propio es. Con el Rey, con el Ejército y con el verdadero pueblo, lo podremos todo. Si esos elementos esenciales del orden nacional se ponen enfrente, nada podemos, sino es asistir al acabamiento ignominioso.

J. CASAU
FOTOGRAFO
SUCESOR DE GÓMEZ ROS
Osuna (antes Cañón), n.º 3

Desecolización de Francia

Los mahometanos tienen más derechos que los católicos.

Los que se dicen amantes de la libertad, siguen obrando, como de costumbre. Constantemente tienen en los labios palabras hermosas; se llaman defensores de los más grandes ideales, y enemigos de la tiranía, de los atropellos y de la barbarie. Oyéndoles se siente el alma satisfecha, llena de gozo inmenso; en estos tiempos, en que muchos actos de los humanos son dignos de acres censuras, consuela escuchar palabras de amor, de respeto, de vigoroso acento en pró de la Humanidad.

Más no está en los labios lo que siente el corazón y lo que discurrir el cerebro. Son engañosas esas voces. Lo exterior no es lo mismo que lo interno.

Y en este caso se encuentra el Gobierno francés. Mucho amor a las grandes colectividades, muchas protestas de defensores de la civilización; palabras suaves. Los hechos no corresponden a las palabras y no deben engañarnos las fachadas si las habitaciones están sin muebles y faltas de limpieza.

¿Es verdad lo que afirman los políticos franceses respecto de sus intenciones humanitarias?

Véase lo que un senador católico, M. de Lanarzel, manifestó en la Cámara francesa:

«Una circular del 31 de Mayo de 1917 organiza minuciosamente las medidas destinadas para permitir a los soldados mahometanos practicar su religión...»

Una circular del ministro de la Guerra del 7 de Junio de 1917, está concebida en estos términos:

He sido informado de que las ceremonias que tienen por objeto la consagración de los soldados católicos de los Ejércitos aliados al Sagrado Corazón debía celebrarse hacia el 15 de Junio corriente, con ocasión de la festividad del Sagrado Corazón, tanto en el frente como en los acantonamientos...

Sigue la prohibición de que asistan a ellas los soldados, porque su asistencia podría causar perjuicio a los intereses generales del país y porque podría comprometer la disciplina.

¿Pues bien! A cualquiera desafío a que tenga aquí un solo hecho, por insignificante que sea, que constituya una infracción del orden público o de la disciplina en los Ejércitos.

¿Cómo justifica el ministro de la Guerra la circular precitada, que lleva el número 14.550 k?

«No puede comprender que, en el orden religioso, tienen los católicos derecho a la libertad más absoluta, que ellos entienden gozar y que han de exigir?»

Lo antecedente ha sido traducido del «Journal Official», de 29 de Junio último. De lo manifestado por ese senador benemérito se deduce que el espíritu cristiano ha desaparecido en los que dirigen la República francesa. Ya no es la Cruz la que preside y alienta a esos directores, que son incrédulos e indiferentes. Las almas de Carlomagno, de San Luis, de Juana de Arco, no son como las de Poincaré, Briand y Compañía. La diferencia entre el pensamiento y el sentimiento de aquellas magnas figuras de la historia con los de estos políticos ateos, no puede ser mayor.

Es más, los hombres que dirigen la Francia de hoy, no sólo no respetan las creencias de los católicos, que están en mayoría en el país, sino que los consideran de peor condición que a los musulmanes. A los católicos les privan de derechos que conceden a moros y judíos. La libertad es una palabra que no existe para los que siguen las doctrinas de la verdadera Iglesia. A los soldados mahometanos se les permite practicar su religión, y se prohíbe a los católicos se consagren al Sagrado Corazón, «porque su asistencia podría causar perjuicio a los intereses generales del país, y porque podría comprometer la disciplina».

Eso no es cierto; y no es cierto, porque los católicos han procedido siempre con prudencia en sus manifestaciones. Y es una ofensa que se hace a la opinión francesa afirmar que los soldados católicos pudieran dar lugar a comprometer la disciplina por la celebración de un acto religioso.

Lo que sucede es que a esos gobernantes de París les importa mucho matar los sentimientos cristianos, así como causar graves perturbaciones en las conciencias. Son unos continuadores de los sectarios, han desecolizado Francia. Y siguiendo ese rumbo, Francia no hallará alivio para sus males, si una enérgica sacudida de protesta contra esos fariseos no consigue cambiar el aspecto de las cosas en la República francesa.

CLARO ABANADES.

Terribles paradojas

A causa de la «gran Servia»

Recientemente, un gran rotativo que nadie podrá tachar de germanófilo, aludimos a «El Imparcial», dedicaba su artículo editorial a comentar los terribles males de todas clases que ya ha sufrido la humanidad culta por esta guerra maldita; heridas de tal naturaleza, que, si algunas, en el transcurso del tiempo [podrán ser restrañadas a costa de imponderables sacrificios, otras son de tal índole que para siempre el orbe civilizado llevará enterrado el puñal, con que miserable y alevosamente fué agredido.

...Y por culpa de quien se desencadenó sobre la tierra la brutal hecatombé! ¿Qué proporción puede encontrarse entre la causa originaria del conflicto y lo que ha abatido por los suelos la sin igual extensión de la contienda?

«¿Quién pudiera imaginarse -scribe el periódico aludido- que por un pleito local de los austriacos con los serbios, iba a transformarse no solo la geografía política, sino también las constituciones internas de todos los pueblos!»

Un pleito local. Eso y no otra cosa completamente distinta, era lo que se dirimía entre el imperio austro-húngaro y la «gran Servia» (o sea las fantásticas agrupaciones con que en Belgrado se hace política xxxxxxxxxxxxxxxx) pues ni siquiera subscribía toda la nación los odiosos atentados xxxxxxxx xxxxxxxxxxxxxxxx.

Austria Hungría con una templanza, acaso excesiva, había venido aguantando con resignación el ejemplo de las extirpaciones patrióticas con que de antiguo los serbios convertían las relaciones diplomáticas en arteras preparaciones para los atentados de hecho; la vecindad con el territorio austriaco en continuas andanzas de espionaje y acobardanzas y la paciencia de los siempre solapadamente agredidos como seña de que las avispas podían picotear impunemente en el torso del lebrón.

Ocurrió el abominable atentado de Sarajevo y solo porque Austria Hungría quiso tomar sus precauciones para que esta vez no pudieran escapar del castigo xxxxxxxxxxxxxxxx, no obstante haber declarado a todas las potencias que jamás atentaría Austria a la independencia de Servia, se desataron por todas partes la perfidia y el dolo, la calumnia y las ambiciones y evidias, a duras penas contenidas y de lo que en sus justos y preciosos términos no tuvo que haber sido más que una operación de policía realizada por un país, dechado de cultura, en otro, xxxxxxxxxxxxxxxx, se tomó pretexto y fué causa suficiente de la monstruosa pelea mundial, que, atónitos estamos presenciando.

¡Y todo por la «gran Servia»!

«Si hubiera para morirse de risa al no haber desencadenado la ridícula paradoja un huracán de tal alcance!

Países enteros que eran glorias legítimas de la civilización y el progreso arrasados porque no quiso consentirse que Austria Hungría castigara a los asesinos de un zoco europeo que debiera tener su asiento en el interior del Mogreb!

Millones de vidas inmoladas no en aras de un ideal ni por defender la soberanía de sus estados respectivos sino por negarse a que los austríacos buscaran en Servia, para entregarlos a la Justicia del país a los que asesinaron al príncipe heredero de la doble monarquía!...

¡Agosto del 1914! Esa fecha fatídica quedará gravada en la historia del mundo con caracteres negros, rojos... y de color lila simbolizándose así lo luctuoso de la inmensa catástrofe, los mares de sangre que ha costado y la tontería medio universal con que no se dejó que Austria pusiera una camisa de fuerza a los locos de la «Gran Servia».

El Conde Danilo.
Adolfo R. de Lineros
Medicina general
especialista en enfermedades
de los ojos.
Consulta, de 11 a 1, y de 3 a 6
Príncipe de Vergara, 2

De Sociedad

Los que viajan

En el correo ha llegado a ésta procedente de la Corte el Excmo. señor Conde de San Clemente, don Bartolomé Serrano.

— Procedente de la capital ha llegado a ésta el ingeniero don Gustavo Morales.

— Marcharon a Alicante los señores don Manuel de Villota y don Juan Badía que llegaron a ésta procedente de Barcelona.

— Marchó a Mazarrón después de una breve estancia el rico minero de aquella ciudad, don Francisco Martínez.

— Ha marchado a Cabo Palos en donde pasará la temporada de verano nuestro distinguido amigo el Ingeniero de Minas don Ginés Moncada.

Nuevos hogares

Como dijimos, ayer mañana se efectuó en la Iglesia del barrio de los Dolores el matrimonial enlace de la bella y distinguida señorita Conchita Alonso, hija de nuestro amigo don Angel con el joven don Julio Jiménez de la Serna.

Los nuevos esposos fueron apadrinados por la linda señorita Antonita Alonso en representación de la señora doña Luisa Jiménez de Barbastro y don Jesús Buistrago, en representación de nuestro apreciable amigo don Manuel Carmona y Barado.

La enamorada pareja a la que le deseamos toda clase de felicidades marchó en el correo para Madrid desde donde se dirijirán a Huesca sitio donde fijarán su residencia.

Enfermos

Completamente resacabido de la dolencia que la ha retenido en cama unos días hemos tenido el gusto de saludar a nuestro querido amigo el Ilustre Capitán de Infantería, don Oscar Nevado, ayudante personal del gobernador militar de esta plaza.

LA AVIACIÓN

Ayer tarde y cuando más concurrido se encontraba el paseo del Muelle de Alfonso XII, viose evolucionar sobre nuestra bahía un hermoso hidroavión de los que existen en el aerodromo de los Alcázares.

El hidroavión que era tripulado por el oficial de la Armada don Fernando Navarro y por el piloto observador don Carmelo Las Morenas, ilustrado oficial de Ejército, hizo varios movimientos en el puerto, y una vez sobre los faros aterrizó en el mar de una manera preciosa, quedándose en medio de la bahía.

Inmediatamente de aterrizar salió del crucero «Extremadura» un bote con varios marinos y un oficial que recogió a los tripulantes del hidroavión y dió remolque a éste hasta el costado de dicho buque donde quedó abarloado.

Al saltar a tierra los aviadores señores Navarro y Las Morenas, el numeroso público que había acudido al Muelle prorrumpió en una salva de aplausos.

Nosotros enviamos también el nuestro a tan intrépidos aviadores por el hermoso vuelo que ayer tarde realizaron sobre Cartagena.

Hace cuarenta años

JULIO
10
Martes
1877

Noticias publicadas por «El Eco de Cartagena» en tal día como hoy.

Mediante la actividad y celo de los dignísimos diputados de esta provincia ha aprobado el Congreso el proyecto de ley autorizando al Gobierno para condonar un año de contribución territorial, de cultivo y ganadería, a los pueblos de la provincia de Murcia, víctimas de las últimas inundaciones y pedriscos.

Londres.
El Egipto organiza una guardia especial para seguridad en el Canal de Suez. Tres vapores estacionados en Suez y Port-Saïd con varios puestos de gendarmes protegerán la libre circulación por el canal.